

LA CIUDAD DEL ORO

LA HAZAÑA DE MIGUELIN



Ramón Sopena Provença 95 Barcelona

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LA CIUDAD DEL ORO
(LA HAZAÑA DE MIGUELÍN)

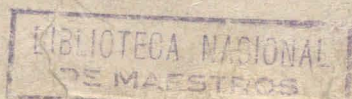
POR

FEDERICO RUJILLO



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95. — BARCELONA

1934



Published in Spain

Derechos reservados.

LA CIUDAD DEL ORO

INTRODUCCIÓN

En uno de mis viajes y hallándome en las Provincias Vascongadas, fuí a visitar un ruinoso y legendario castillo que se alzaba en las estribaciones de los Pirineos Cantábricos.

Me acompañaba mi amigo Z., hombre muy docto en Historia y en el estudio de la Paleografía, que me entretuvo con su charla amena e instructiva durante nuestra excursión.

Recorrimos todo el castillo, sacando fotografías de aquellos lugares más interesantes, cuando en una de sus galerías subterráneas encontramos por casualidad un arca de hierro llena de bajos relieves e inscripciones, que despertó grandemente nuestra curiosidad.

No sin gran trabajo logramos abrir el arca y vimos que estaba

llena de viejos pergaminos corroídos por la humedad y la polilla, y escritos en un latín bárbaro de la época visigótica.

Mi amigo Z., después de repasar concienzudamente los rollos de que se hallaba repleta el arca, me dijo, radiante de alegría :

—Creo que hemos tenido un hallazgo de un gran valor histórico. Esto que vemos son los restos de la biblioteca del castillo, y aquí hay verdaderas curiosidades : libros de alquimia, astrología y medicina ; crónicas de guerras antiguas, algunos romances a la Virgen y a los santos y también varias consejas y leyendas que deben datar de los tenebrosos comienzos de la Edad Media. Me lo llevaré todo a casa y lo estudiaré con tiempo.

No di gran importancia al en-

tusiasmo de mi compañero, y como hubiéramos terminado nuestra visita al castillo, regresamos a la población, yo contemplando el paisaje y él contento de nuestro feliz descubrimiento.

Pocos días después Z. se presentó en mi despacho y me habló de esta manera :

—Esto— me dijo — es lo único que te puede interesar de cuanto encontré en el arca, teniendo en cuenta tu condición de poeta. He aquí una encantadora conseja de aquellos tiempos en que los hombres, más candorosos o más ignorantes, tenían por verídicas narraciones fantásticas y fábulas absurdas, en las que hoy felizmente nadie cree, pero que sirven para deleitar a los niños y aun a las personas mayores. Yo te regalo la traducción que hice toscamente, pues yo no soy literato, y que podrá inspirarte un

libro lleno de enseñanzas y de emociones que leerán con mucho interés los pequeñuelos, por tratarse de extraordinarias aventuras, en las que son protagonistas tres jovencitos de aquellos tiempos remotos.

Dicho esto, se despidió de mí, dejando en mi poder el original y la traducción.

Esta traducción es la que publico, arreglada y corregida por mí. Como no tengo pretensión de recoger laureles, me he limitado a emplear en ella un lenguaje claro y sencillo, como corresponde al público que ha de leerla.

Todo el crédito o responsabilidad que de ella resulte corresponde por entero a su anónimo autor, que debió morir hace muchos años, tantos, que no me es posible recordar la fecha.

Hechas estas ligeras salvedades, escuchad el cuento.

I

Allá en lo más intrincado de las montañas cantábricas, al borde de un bosque de chapados castaños y encinas seculares, hubo hace muchos siglos una humilde aldea y en ella un leñador muy pobre, viudo y con tres hijos, a los que amaba tiernamente.

Los tres hijos llamábanse Jorge, Guillermo y Miguel, y eran buenos como pan de flor y más listos que el hambre que pasaban. Los tres tenían el mismo oficio que el padre, y con él iban juntos al trabajo apenas despuntaba la aurora y volvían con la puesta del sol, rendidos de cansancio, pero con algunas monedas para el yantar cotidiano.

Al pobre Juan, el padre, hecho ya a pasar miserias, poco le faltaba para ser feliz, pero esta resignación suya desaparecía al escuchar las quejas de sus hijos. Los buenos muchachos no po-

dían olvidar los cuentos y leyendas que les contara su ya difunta madre para arrullar sus sueños : historias de lances de guerra y de viajes a países remotos, relatos de hazañas nunca vistas y leyendas de tesoros escondidos. Y todas estas historias, cuentos y leyendas abrían sus pechos a un solo deseo : el de correr mundo en busca de aquellas aventuras maravillosas.

Jorge, el mayor, un muchacho muy avaro, decía :

—Yo quisiera descubrir el secreto de hacer oro. El oro tiene un gran poder y en él está la verdadera felicidad.

—A mí— decía Guillermo, un jovencito algo vanidoso e indiscreto—, no me seducen las riquezas. Yo sueño con el poder y las grandezas de una corte fastuosa. Yo quiero ser rey.

—Y tú, Miguelín, ¿ qué quieres ser?— preguntaban ambos, con

cierto aire de protección al pequeño.

—Pues yo — contestaba con firmeza el interrogado, que era fino como una damisela y que apenas frisaba en los quince años—, yo quiero ser un hombre.

—¿Y qué entiendes tú por ser un hombre?

—Pues, ser un hombre es poseer las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y ser dueño y señor de las potencias espirituales: memoria, entendimiento y voluntad. ¡Ah, sobre todo la voluntad, que sirve para dominar nuestras pasiones! Nunca olvidaré que nuestro buen maestro decía: «Querer es poder».

—¿Entonces tú quieres ser santo y sabio, hijo mío! —exclamaba el padre, admirado.

—¿Un sabio como Salomón! —decía Jorge.

—¿Un santo como Job! —añadía, con acento zumbón, Guillermo.

—Pues a ser así debíamos aspirar todos los hombres, y *querer es poder*. La voluntad es la base de la dicha. La Ilusión, que es la hermana más pequeña de la Felicidad, nos hace menos doloroso el camino, hasta que ésta pasa cerca de nosotros una sola vez en la Vida, y si entonces la dejamos escapar, sólo nos queda el con-

suelo de buscar la Resignación, que es su hermana mayor y se parece mucho a ella, aunque es un poco triste...

Y Miguelín, amostazado por las burlas de sus hermanos, encerrábase en un silencio hermético.

Fuera de estos señuelos y de los asuntos diarios del hogar y del oficio, de nada más hablaba el pobre Juan el leñador con sus hijos.

Pero un día de invierno en que caía la nieve en abundancia y fuera de la choza bramaba la celisca entre los castaños, viendo el pobre viejo que ya no le era posible cumplir con su diaria obligación, reunió a sus tres hijos y les habló de esta manera:

—Voy a cumplir setenta años y mis brazos se niegan a sostener el hacha. Cercano está mi fin y nada o muy poco puedo hacer por vosotros. Aquí, cuando yo muera, os quedará esta pobre choza y los instrumentos de trabajo; pero, si habéis de tener mi suerte, más vale que os vayáis, como es vuestro deseo, a correr el mundo en busca de mejor fortuna.

Callaron los tres muchachos, entristecidos, y como el anciano viera su indecisión, confortó sus ánimos con los siguientes razonamientos:

—No os preocupéis por mí— añadió el pobre viejo—. Ya sabéis que mi hermana Marta es

caritativa y generosa; tiene alguna hacienda y no me abandonará. En cuanto a vosotros, ya es otra cosa, y es preciso que os busquéis en las ciudades un buen acomodo, porque aquí ya veis que son pocos los que medran.

Convencidos quedaron los tres jóvenes, y apenas llegó la primavera dispusieron a emprender el camino sin marcarse itinerario y confiados solamente en la bondad de Dios.

Antes de marchar, el padre los bendijo, llenó sus morrales con cuantas vituallas pudo recolectar entre sus convecinos y repartió entre ellos una moneda de oro, un traje y un hacha. Jorge prefirió el oro; Guillermo, el traje, y Miguelín, no teniendo donde escoger, se quedó con el hacha, satisfecho por tratarse de un recuerdo de familia.

—Has salido ganando, hijo mío—dijo el padre al entregar a Miguelín aquel instrumento de trabajo—. A veces las cosas que nos parecen más despreciables son las más útiles de la vida. El hacha que te entrego no es como las demás. Perteneció a uno de nuestros más remotos progenito-

res, y, según dice una conseja, fué el regalo que le hizo un hada de estos bosques. Ha de llevar a cabo grandes hazañas en manos de un doncel que sea sabio como un buen rey, prudente como un



santo, y que no tiemble jamás ante la Muerte. ¡Quiera Dios que en ti se cumpla la leyenda!

Y bendiciendo a sus hijos nuevamente, los puso al borde del camino, y con los ojos llenos de lágrimas les dió su último adiós.

II

Anduvieron mucho y vieron tierras de sin par hermosura. Atravesaron los Pirineos Cántabros, y, después de contemplar desde sus altas cumbres los más bellos paisajes, descendieron a los llanos de Castilla. En la hostería de una villa riojana, entre jarra y jarra de vino de la tierra, un bravo capitán les propuso que se alistaran bajo su bandera.

Guillermo exclamó :

—¡ Albricias ! ¡ Feliz idea ! De los buenos soldados han salido los más valerosos generales y de éstos en algunas ocasiones los reyes más poderosos.

—Yo seguiré tu suerte gustoso —dijo Miguelín.

—Pues yo no acepto —dijo Jorge, que era miedoso como una liebre—. Mal negocio es ese de ser soldado, profesión donde se ganan muchos golpes y poco dinero.

Y como habían jurado mar-

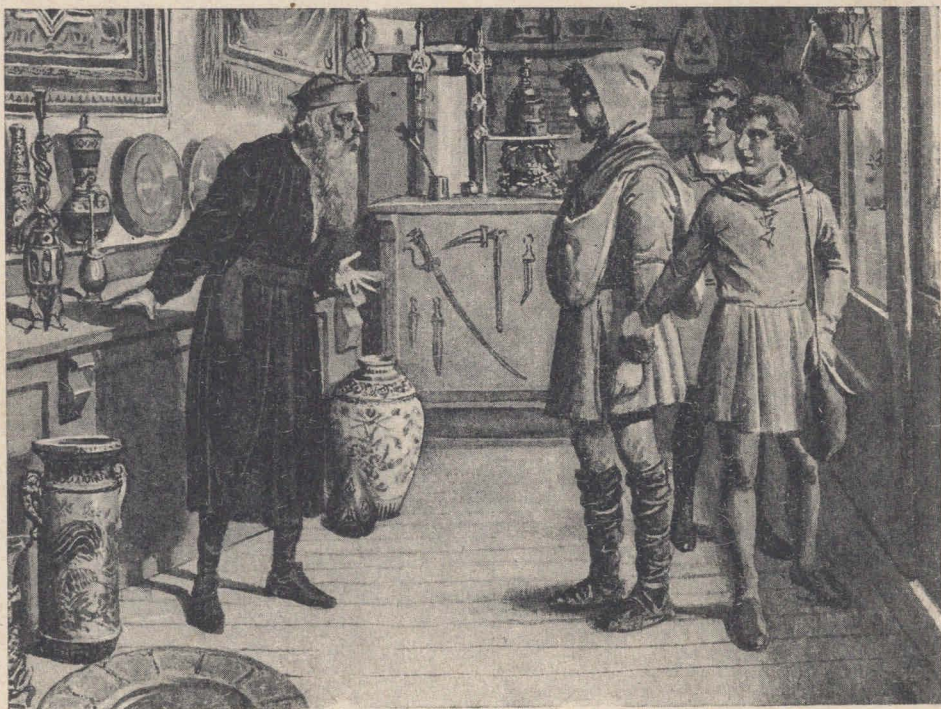
char siempre juntos, al ver que Jorge no aceptaba la oferta, Guillermo desistió de su propósito y siguieron caminando hasta Zaragoza.

En esta populosa ciudad un sastre que estaba en la puerta de su tienda, al ver pasar a los tres gallardos mancebos y que éstos tenían cara de listos, les propuso entraran a su servicio. El aspecto bondadoso y honrado del artesano cautivó al más pequeño de los hermanos.

Pensaba Miguelín, con gran acierto, que la felicidad se halla a veces mejor en una humilde morada que bajo los artesonados techos de un palacio, y mostró deseos de quedarse en casa del menestral.

Pero Guillermo, que era orgulloso, dijo con profundo desprecio :

—No sé de nadie que haya llegado a ser grande y poderoso co-



1700

siendo calzones y componiendo justillos y capuchas. Así es que puedes quedarte con tus agujas y tijeras, que yo buscaré mejor suerte en otras tierras.

Y, como la vez anterior, fieles a su compromiso, los tres hermanos abandonaron la capital del reino de Aragón y, siguiendo el curso del Ebro, penetraron en Tarragona.

En Tortosa un mercader les ofreció colocación en su casa. Samuel era un judío que se dedicaba a prestar dinero al ciento por ciento entre los caballeros de aquella población y tenía sus arcas repletas de oro. Además, traficaba con bastante fortuna en perlas y piedras preciosas. Jor-

ge, alucinado por tales riquezas, iba ya a cerrar el trato con el israelita, cuando Miguelín, que tenía muy generosos sentimientos, exclamó :

—¡ Válgame el Cielo que antes me matan que entregarme en alma y vida a este usurero ! Feo pecado es el de la usura, que siempre la ruina y el hambre por donde pasa. Quédate tú con ese hijo de Satán, que yo me voy de aquí más que a paso.

Y dicho y hecho, salió de la tienda del mercader, siguiéndole, conforme a lo convenido, Guillermo y Jorge, éste, sobre todo, muy cariacontecido.

Por último, en las costas levantinas el patrón de un buque

que estaba para hacerse a la compacta dió a los marinos su mar, les ofreció colocación con último adiós. No parecía sino tan buenas soldadas y tales promesas de que volverían ricos, que aquella nave se hallaba dispuesta para un viaje a los infiernos.

Jorge, que conocía el oficio de carpintero, se encargó de este menester a bordo; Guillermo, hábil en cuentas y en letra, fué nombrado sobrecargo y secretario del capitán, y Miguelín, a causa de su corta edad y no habiendo cosa más apreciable, fué destinado a la cocina en calidad de marmitón.

Muy arriesgado debía ser el viaje cuando con tanta facilidad encontraron allí acomodo y buena paga. Sin duda, eran muy pocos los que aceptaban cargo a bordo, y buena prueba de ello fué que por no tener completa la tripulación no podían hacerse a la mar.

Al fin, después de dos meses, se encontró el bajel estibado y listo para el viaje, y los marineros, limpios y arreglados con sus mejores trajes, pero malhumorados y tristes, se presentaron a su patrón.

La noche anterior, en unión de sus familias, habían celebrado una gran fiesta de despedida, en la que hicieron votos al santo patrón, como si tornar de aquel viaje fuera empresa difícil o poco menos que imposible.

Una vez a bordo la tripulación, se engalanó el barco, y desde el puerto una muchedumbre

Llegó la hora, levó anclas el buque, y media hora después se encontraron los jóvenes en alta mar, asombrados de ver tanta agua y tanto cielo.

La impaciencia de los tres jóvenes llegó hasta tal punto, que Jorge, en compañía de sus hermanos, se atrevió a preguntar al capitán, un rudo y valiente marinero, adónde iban.

—¡Hacia lo desconocido! — respondió bruscamente aquel lobo de mar.

—¡Sin rumbo cierto? — dijo Miguelín tímidamente.

—No, vamos a Zinac, la Ciudad del Oro, un país muy remoto que está en el confín de la Tierra. Es la capital de un reino tan poderoso, que el oro y las piedras preciosas forman las arenas de su costa y el lecho de sus ríos. En todas partes se encuentran las piedras y metales preciosos, y es tal la abundancia, que todos los edificios tienen sus cúpulas de oro, brillantes, rubíes y esmeraldas. Por las ciudades y los campos se ve transitar a sus habitantes ricamente enjoyados, con la misma naturalidad que nosotros pudiéramos llevar unas sortijas de similor o un collar de cuentas de vidrio.

Allí, si es que tenemos la di-

cha de arribar, veréis los caballos, los elefantes y camellos con jaeces y gualdrapas cubiertas de esplendorosa pedrería; la magnificencia de las construcciones deslumbrará vuestros ojos; la grandeza de los palacios os llenará de asombro. Nunca habréis podido soñar cosa semejante.

—¡Feliz país! — dijo Jorge, brillando la codicia en sus ojos.

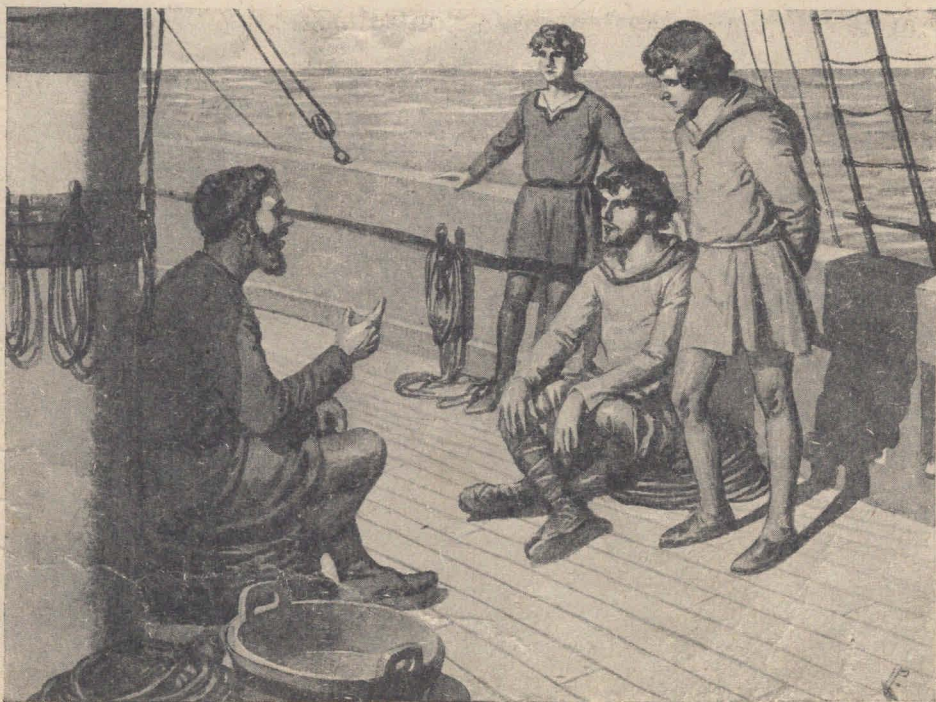
—¡No lo creáis así! — respondió el capitán—. El reino del oro es uno de los países más desgraciados de la Tierra. El oro y las piedras preciosas no tienen en él valor alguno, y los productos de su suelo apenas si bastan

para su numerosa población. Así se da el caso asombroso de que cuando las cosechas se pierden y el hambre azota aquellas comarcas, sus habitantes mueren en las calles, cubiertos de trajes fastuosos hechos con hilos de oro y rica pedrería.

—Es maravillosa la historia que nos contáis, capitán—dijo Guillermo.

—No por maravillosa menos cierta.

—¿Y por qué los habitantes del país del oro recogen tan miserables cosechas? — preguntó Miguelín—. ¿Es, acaso, pobre el suelo de aquel país?



Y sentándose sobre un rollo de cuerdas... (Pág. 14.)

—Nada de eso. No podéis figuraros la majestuosa belleza de sus valles, de sus árboles y de sus plantas, que apenas si pueden sostener el peso del fruto. Innumerables pájaros de sabrosas carnes revolotean en sus selvas vírgenes. La caza abunda por todos lados y tan grande es el número de cabezas de ganado que vive en sus bosques en estado salvaje, que bastaría para alimentar todos los ejércitos de Europa.

—Entonces, ¿qué causas se oponen al bienestar del país?— insistió Miguelín.

—De un lado — dijo el capitán—, la indolencia de sus habitantes. Allí el número de los que

trabajan es muy reducido, y éstos hácenlo de mala gana y por temor al castigo. De otro, su cobardía, que les impide penetrar en sus bosques vírgenes por temor a los animales feroces que en ellos viven, verdaderos monstruos, y, sobre todo, por miedo a la voz de una leyenda tan antigua como los orígenes del reino.

—¿Queréis contárnosla, capitán?—dijo Miguelín, a quien gustaban mucho las leyendas e historias fantásticas.

—¡Que me place!—respondió el marino, que, aunque rudo, era bondadoso. Y sentándose sobre un rollo de cuerdas embreadas, continuó su relato.

III

Cuenta la tradición del país que los espíritus infernales tienen su morada en aquellos bosques, y que, en cuanto el sol se oculta, recorren sus dominios y matan a los que se atreven a visitar aquellos lugares malditos, que sólo frecuentan los desesperados, los locos y los criminales que huyen del rigor de la justicia, y, raras veces, algunos valientes exploradores. Pocos han sido los que han tornado del Bosque del Diablo, y los que milagrosamente pudieron salvarse cuentan, llenos de terror, sus aventuras. De aquí que este desgraciado país tenga sin cultivar las tres cuartas partes de sus tierras y en ellas la Naturaleza guarda avarienta sus más preciados gérmenes de fecundidad. La indolencia y la cobardía de sus habitantes lo consienten.

—¡Suerte triste la de ese reino!—exclamó Guillermo.

—Pero bien merecida—dijo el capitán Goliat—. El hombre ha venido al mundo a trabajar y a luchar por la vida. El hombre, por lo tanto, debe abrirse camino en medio de la Naturaleza, utilizando todas las fuerzas que Dios ha puesto a su servicio, y, valiente y sereno, ha de caminar hacia la muerte o al menos afrontarla con aparente tranquilidad, siempre que sea preciso para defender su vida. ¡Desgraciado del mortal que deja venir la muerte sin hacer el menor esfuerzo para rechazarla!

Honda impresión causó en los tres hermanos el relato del capitán, que nunca sintió el miedo.

—¿Entonces nosotros correremos muchos peligros?—se aventuró a preguntar uno de ellos.

—¡Oh, sí, muchos! Nada puede igualar a lo que hemos de sufrir; hambre, sed, fatigas, privaciones de todo género, ataques

de animales tan feroces como las serpientes marinas y hasta enfermedades que soportaréis a duras penas. Son muy pocos los que sobreviven a las penas y fatigas de este viaje, y de éstos, sólo los más animosos y robustos, y aun así, teniendo que batallar a diario con los elementos.

Los tres muchachos, al oír las frases del capitán Goliat, palidecieron. Adivinaban que se habían mezclado en una empresa superior a sus fuerzas.

El marino los contempló con sonrisa diabólica, y después dijo :

—¿Pensasteis acaso emprender un viaje de recreo? ¿Y a tan poca costa queríais ser ricos?... La riqueza bien adquirida cuesta el sudor de muchos años y a veces hasta la sangre de nuestras venas.

Y volviendo a sus interlocutores las espaldas, comenzó a pasear sobre cubierta.

Aquel viaje fué muy diferente de como los tres jóvenes esperaban en un principio.

Sobrevinieron terribles tormentas y a punto estuvo que la débil embarcación zozobrase, no hundiéndose gracias a la pericia del capitán y la serenidad de la tripulación. Después se vieron perseguidos por los gigantes que habitaban una isla a la que fueron en busca de agua.

Aquellos titanes, que con sus pasos hacían retemblar la tierra,

se entretuvieron en arrojarles desde lo alto de sus montes enormes rocas, que no pudieron causar daño alguno a la embarcación merced a la habilidad del timonel.

Después se vieron perseguidos por Nessin, el de las manos rojas, uno de los más terribles piratas de su época; y, cuando ya se creían tranquilos y salvos, dos enormes serpientes marinas atacaron a la tripulación devorando cuatro de los más valientes marineros.

Afortunadamente para todos, Miguelín, armado de su hacha maravillosa, luchó heroicamente con los dos monstruos, dejando al macho sin vida y consiguiendo ahuyentar a la hembra, ante el asombro de todos los compañeros.

—¡Bravo, muchacho!—dijo el capitán, abrazando a Miguelín—. ¡Eres un valiente! Verdad es que tu arma de combate es prodigiosa, pero, ¿de qué hubiera valido sin tu decidido propósito de usarla y tu valor heroico?

Por último, las enfermedades y la sed comenzaron a diezmarlos de tal modo, que, de setenta y cinco tripulantes que tenía el *Relámpago*, apenas si quedaron con vida unos treinta.

Al fin, una mañana, cuando mayor era el desaliento de los pobres marineros y Goliat mal-

IV

En realidad, los tripulantes del *Relámpago* no desembarcaron en el puerto de Zinac, sino en una pequeña rada que servía de dulce y cariñoso abrigo a las barcazas de una aldea de pescadores.

Los habitantes, gente amable y hospitalaria, compadecidos del estado lastimoso en que se encontraban los navegantes, los llevaron a sus chozas y cabañas. Una vez en ellas, con toda premura les hicieron lechos de paja y hojas de palmera eficazmente ayudados por sus mujeres. Estas obsequiaban a los marinos con leche de camella, manteca, huevos, dátiles, pescados y mariscos de varias clases y carne de gacela o de cordero, esperando sumisas las órdenes de sus maridos, que fumaban en un rincón de los dormitorios.

El capitán Goliat y sus amigos estaban encantados del reci-

bimiento y de la bondad de los aldeanos y de sus esposas e hijas.

Eran ellos unos hombres de tez bronceada y esbelta figura, que vestían con sencillez, no exenta de buen gusto. Llevaban una túnica blanca sin mangas, abierta por delante y sujeta por un ancho cinturón de piel de gamo con incrustaciones de nácar, del que pendía un enorme alfanje. Cubrían la cabeza con blancos turbantes e iban descalzos, pero en sus tobillos lucían ajorcas de oro macizo, rubíes, topacios y esmeraldas, así como en sus brazos, desnudos, gruesos brazaletes del mismo metal. Estos adeliños formaban extraño contraste con sus pies desnudos y sus vestidos de una sobriedad espartana.

Ellas, muy hermosas, aunque de un color bronceado, se adornaban con mantos de seda de di-

versos colores, plegados sobre la cintura con una faja o con un ceñidor semejante al que usaban las jóvenes de la antigüedad en Grecia.

Iguales ajorcas de oro y brazaletes llevaban en sus piernas y sus brazos, y las piedras preciosas resplandecían en sus cuellos y en sus cabellos perfumados con las más ricas esencias de la Arabia.

Un viejo médico, llamado Ismail, hospedó en su casa a los tres hermanos, recibiendo los cordialmente.

Era un anciano de unos sesenta años, de luenga y plateada barba, alto, moreno y fuerte. Se hallaba sentado en una piel de pantera, y le servían solícitas sus tres hijas Aixa, Zaida y Fátima. Hombre de gran ilustración, sabía varios idiomas aprendidos en sus frecuentes viajes por Europa y por toda el Asia, y se dedicaba a la Medicina y a la alquimia, teniendo fama de hechicero por sus prodigiosas curaciones.

Los jóvenes observaron que el anciano estaba triste y que su tristeza aumentaba siempre que oía la voz del muecín, en lo alto del minarete de la mezquita próxima.

Miguel, interesado por la dulce melancolía del anciano, le preguntó cuál era la causa de su pesar.

—¡Ah, bien se ve que tú no

entiendes nuestro idioma, cristiano!—respondió tristemente el viejo alquimista—. Si tú supieras lo que dice el santo varón desde lo alto de ese minarete, como eres de generoso corazón, derramarías abundantes lágrimas.

—¿Anuncia alguna desgracia para vuestro pueblo?—preguntó el jovencito.

—Sí—contestó el interpelado—, y ruega a nuestro Dios que nos libre de ella y aplaque las iras del genio del Odio.

—¿Y quién es el genio del Odio? —dijo Miguelín, que no comprendía las palabras del árabe.

—Pues un poderoso espíritu que en forma de dragón se presenta cada cincuenta años y exige su tributo. Este consiste en cien caballos blancos, cien esclavos negros y cien esclavas que han de ser las doncellas más hermosas de nuestro reino.

—¿Y no podéis libraros del cumplimiento de ese triste deber?—interrogó Miguelín.

—Imposible. El genio, en venganza, destruiría nuestro reino. Mira si será grande su poder, que el invencible Osmán, nuestro mismo rey, se verá obligado a entregarle como ofrenda a su hija Giamil, una de las más hermosas jóvenes de la comarca. Mi hija Fátima también tendrá esta vez la misma suerte. ¡Oh dolor! ¡Ayer cumplió las quince

primaveras! ¡Ella será como el álamo de la Arabia, que florece una sola vez y muere! ¡El genio del Odio se la llevará para siempre a su palacio encantado y yo no la volveré a ver más!...

Y el viejo alquimista quedó con la frente inclinada sobre el pecho, mientras su hija, la divina Fátima, acariciaba su plateada cabeza tratando de consolarle.

Nunca le pareció a Miguelín tan hermosa Fátima como en aquel momento. Hay que advertir que Ismail procedía de la auténtica raza árabe. Era, por lo tanto, su origen más elevado que el de los habitantes que poblaban la aldea, y su tez pálida y perfectas facciones hacían pensar en una bella juventud. No era, pues, de extrañar que sus tres hijas tuvieran la blancura pálida de la azucena, una hermosura privilegiada y cierto aire de distinción de que carecían las demás aldeanas. Fátima, sobre todo, que era muy superior en belleza a sus dos hermanas. ¡A qué hablar de sus perfecciones y encantos si con ello no se hará ni un débil bosquejo de su hermosura deslumbradora? Baste decir que Miguel,

ble para él, no pudo apartar sus ojos del divino rostro de Fátima. Y ella, al contemplarle, también sonreía, y su sonrisa, mezclándose con sus lágrimas, fué algo así como el iris del sol besado por las últimas gotas de una lluvia cristalina.

Miguel, por fin, se atrevió a hablar, y dijo:

—¡Terrible suerte es la que espera a esta linda niña, y en verdad que si mil vidas tuviera las daría con gusto por salvarla! Mucho me extraña el vengativo encono de ese genio maléfico que implacable persigue al magnífico Osmán y a su infortunado reino. ¡Por qué ese enojo del poderoso espíritu?

—Fátima — respondió Ismail — te contará la leyenda. Es un bello poema que escribió Alaeftín, el poeta más célebre de toda la comarca, y está escrito sobre seda con letras de oro en el palacio de nuestro rey.

Fátima, obediente, cogió varios almohadones forrados de seda y, echándolos sobre una alfombra llena de versículos del Corán, sentóse en ellos y comenzó a pulsar una guzla, a cuyos compases recitó la siguiente leyenda:

V

Nuredín era un monarca
que tuvo a Zinac por reino,
en sus cuevas los tesoros
mayores del mundo entero,
en sus manos el poder
de los reyes más excelsos,
y en su harén cuarenta huríes
que del rey encanto fueron.
Tuvo también un palacio,
asombro del extranjero,
pues era una maravilla,
con sus jardines aéreos,
y sus blancos surtidores
que alzaban su canto al cielo
entre bosques de palmeras,
naranjos y limoneros,
donde bullían los pájaros
más cantores y más bellos,
y aromaban el ambiente
cual enormes pebeteros
los macizos de rosales
de claveles y dondiegos,
de nardos y de jazmines,
y de otras flores sin cuento.
Era su caballo *Ali*,
el más fogoso y ligero,
que al sentir el acicate
ganaba en violencia al viento;
era su espada invencible,
era indomable su genio,
y tenía la bravura
del león en el desierto,
que sabe morir matando
y a nada le tiene miedo;

y aunque temible en sus iras
e inflexible y justiciero,
Nuredín *el Generoso*
afirman que era tan bueno,
que al verle en las grandes fiestas,
lloraba de gozo el pueblo.

Una mañana de mayo
salió Nuredín de caza,
sobre su elefante persa
y en su trono de oro y nácar.
Cien príncipes le seguían
llevando sus ricas armas,
mil esclavos con sus trompas,
la selva oscura atronaban,
soliviantando al leopardo
que con rugidos de rabia
al retar a su enemigo
caía siempre a sus plantas,
como herido por el rayo,
por las flechas del monarca.
Más de una vez, cuerpo a cuerpo,
Nuredín sintió sus garras,
y la sangre generosa
que venciera en cien batallas,
con su lluvia de rubíes
manchó su túnica gualda.
Más de una vez cayó en tierra
bajo el peso de sus zarpas,
pero animoso y valiente,
siempre de la fiera escapa,
y mientras que de su empuje

el joven, a la doncella
 con asombro contemplando—.
 ¿Eres hurí del Profeta
 o imagen de un sueño acaso?
 ¿Será que el amor se acerca,
 dulce amor inesperado
 del oasis de la vida,
 sol, estrella, flor y pájaro?
 ¡Sol hermoso, porque alumbras
 hoy en la Tierra mis pasos,
 estrella, porque me guías
 como al pastor en el campo,
 flor, porque tiene tu rostro
 el aroma de los nardos,
 y avecilla, porque alegras
 el mundo con tus encantos!...
 ¿Quién eres? ¡Dime tu nombre,
 y nunca podré olvidarlo,
 que antes darán al olvido
 los ruiñeños su canto,
 su nido la golondrina
 y su carrera los astros!»
 Y ella, humilde y ruborosa,
 y al rostro su velo echando,
 responde con voz muy dulce:
 «Soy hija de un aldeano.
 Nunca salí de este bosque,
 y Sámra Fedil me llamo,
 y aunque es triste mi destino,
 mi padre aquí me ha encerrado
 para evitar que se cumpla
 el doloroso presagio
 de mi horóscopo, que dice,
 que si me ve el soberano
 y me toma por esposa
 llevándome a su palacio,
 nos traería el infortunio,
 a mí la primera acaso.»
 Y el rey, que escucha sus frases,
 al punto queda hechizado.

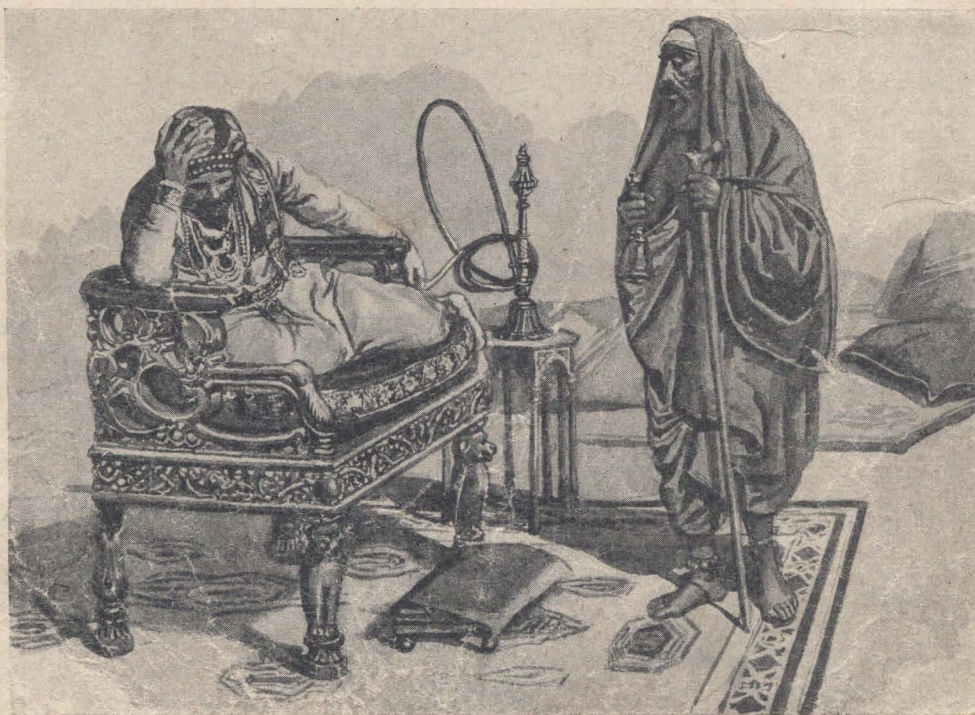
¿Qué le ocurre a Nuredín,
 que le embarga la tristeza,
 y que su pálido rostro
 es la imagen de la pena?
 ¿Por qué, por qué sus mejillas
 ardientes lágrimas besan,
 y en su estancia solitario
 al aire lanza sus quejas?
 Ya no escucha a sus esclavas,
 ni ha vuelto a correr la selva,

ni como en tiempos mejores,
 se luce en lances de guerra,
 llevando triunfante el verde
 estandarte del Profeta.
 Cerrados los ajimeces,
 las ojivales fenestras,
 y las hojas historiadas
 de ventanas y de puertas,
 los alcázares reales
 descansan en las tinieblas,
 y no se ve en sus jardines
 la algazara de las fiestas.
 Olvidado de su dueño
 está el elefante persa,
 durmiendo cabe la sombra
 de los bosques de palmeras;
 Ali, sediento de hazañas,
 se resiste a la pereza,
 el suelo hienden sus cascos
 y en balde al jinete espera.
 Hasta parecen más tristes
 los árboles de la selva;
 los pajarillos que cantan
 entre la enramada espesa,
 las flores de los vergeles
 y el agua de las acequias.
 Sabed que dolor destroza
 igual que punzante flecha,
 el corazón del monarca
 que se ríe de las fieras,
 pero llora como un niño,
 porque Sámra le desdeña.
 En vano puso a sus plantas
 sus tesoros y grandezas:
 los diamantes de Golconda,
 las alfombras de la Persia,
 con las púrpuras de Tiro,
 y de Damasco las sedas.
 Ante sus ojos extáticos
 lució todas sus riquezas,
 sus corceles y elefantes,
 sus cofres llenos de perlas,
 sus esclavos de Etiopía,
 y los bálsamos y esencias
 que trajo en pomos de nácar
 un mercader de Venecia.
 En vano puso en su frente,
 Nuredín una diadema,
 en donde cada brillante
 lucía como una estrella,
 y la sentó sobre un trono
 de oro, marfil y maderas,
 trabajada por artífices

los mejores de la tierra,
para que fuese admirada
por todos su gentileza.
¡Imposible!, nada vence
de Sambra la resistencia,
y cuando cae gimiendo
a los pies de la doncella,
Nuredín, y la pregunta
por qué a sus ruegos se niega,
si sabe que envidiarían
su suerte muchas princesas,
Sambra, con voz armoniosa,
siempre lo mismo contesta :
«¡ Perdóname, Nuredín,
que desdeñe tu grandeza !
Amo a un humilde pastor
y por él mi vida diera.
Ten presente, señor mío,
que el amor se manifiesta
siempre a su tiempo y tan sólo
cuando él lo quiere y desea.
Ni lágrimas, ni mandatos,
ni suspiros ni riquezas
vencen a un amor si es firme,
que a nada amor se doblega ;
pues su ley es el capricho,

y éste, ya ves, se contenta,
con las flores que le ofrece
su fiel pastor de la sierra.
Perdóname, señor mío,
soy tu esclava, soy tu sierva,
pero nunca podré amarte,
¡ aunque cien veces naciera !»

Es del monarca la pena
amarga como el acíbar,
el desprecio de la hermosa
le punza como una espina
en lo más hondo del pecho,
y es tan grande su desdicha,
que el sueño huyó de sus ojos
y no encuentra medicina
que calme su duelo inmenso
y cure de amor la herida.
Le han visto ya los varones
más sabios de Alejandría,
y hasta un santo anacoreta
del gran desierto de Libia
que hace curas milagrosas
y a los muertos resucita,



y al ver que nadie comprende
 el dolor que le aniquila,
 invoca el rey a los genios
 que en partes desconocidas
 y en diversos elementos
 de nuestro planeta habitan :
 unos viven en el fuego,
 otros del río en la linfa
 o en el cáliz de las flores ;
 otros en el aire giran,
 invisibles para el hombre,
 y otros tienen sus guaridas
 en el centro de la tierra,
 entre grutas cristalinas
 o en el fondo de los mares,
 palacios que maravillan,
 y donde, aunque el sol no llega,
 parece siempre de día.
 Sentado en círculo gnóstico,
 y el alma sobrecogida,
 Nuredín hace el conjuro,
 humillado y de rodillas,
 con los brazos extendidos
 y en la frente la ceniza...
 Y pasa la caravana
 de los genios, que desfilan
 entre nubes de oro y fuego
 de hermosura peregrina.
 Los hay gigantes monstruosos
 y de figuras sombrías,
 con enormes alas negras
 y de tigre las pupilas,
 que rugen cuando contestan
 a las frases cabalísticas ;
 los hay que son delicados
 y de belleza magnífica,
 con alas de mariposa
 y voz dulce y persuasiva ;
 unos montan en tritones,
 otros en conchas marinas,
 otros cabalgan en nubes
 o sobre el agua caminan,
 porque cismas cual la nieve
 dan impulso a sus barquillas,
 que son de coral y nácar
 y maderas de la India.
 Y así los genios más sabios
 y poderosos visitan
 al buen Nuredín que gime
 sin consuelo su desdicha.
 Vino el Sueño para darle
 el néctar de su bebida,
 y apenas toca sus labios,

se trueca en hiel la ambrosía,
 y fué el sueño del monarca
 una horrible pesadilla.
 Vino el Olvido, y no pudo
 con su daga damasquina
 arrancarle de la hermosa,

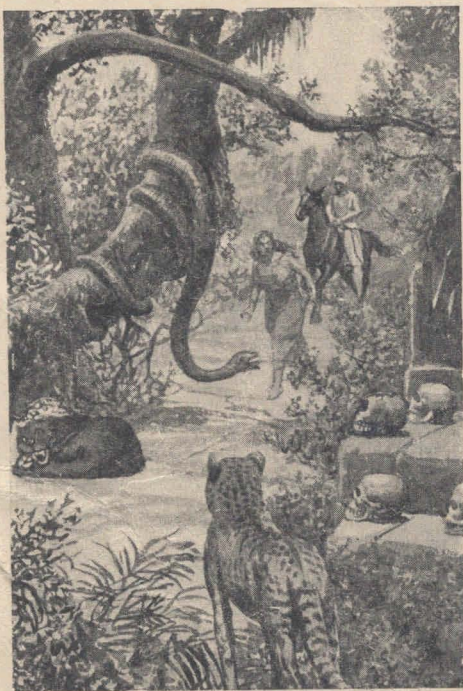


aquella imagen querida
 que en el pecho del amante
 indeleble aparecía.

Vino el genio del Contento
 con sus hermanas las Risas,
 sembrando el paso de flores
 a su madre la Alegría,
 pero el genio de la Pena
 los puso en rápida huida.
 Y todos pasan corriendo
 y ante sus ojos desfilan,
 sin poder secar el llanto
 que rueda por sus mejillas.
 Y al ver que los mismos genios,
 su amargura no mitigan,
 siente que tiemblan sus piernas,
 que su cabeza vacila,
 que la fiebre le devora,
 que se oscurece su vista
 y cae sobre la alfombra,

lanzando un ¡ay! de agonía;
y aunque a un muerto se asemeja
por su faz helada y rígida,
sólo está desvanecido
y el dolor su pecho agita,
porque no tiene su pena
ni término ni medida.

Apenas los resplandores
de la sonrosada aurora
su mustia frente acarician,
cesa del rey la congoja,
pronuncia el nombre de Sombra
y en el lecho se incorpora,
pues siente que le han llamado
con voz dulce y armoniosa.
«¡Nuredín, rey desgraciado!
—dice la voz— ¿por qué lloras,



si en mí tienes el consuelo
de la pena que te ahoga?»
Y aparece ante sus ojos
la imagen deslumbradora
de una mujer, que insinuante
en sus brazos le aprisiona.

Y ve el rey que aquella imagen
de mirada melancólica,
lleva un áspid sobre el pecho
y en la frente una corona
llena de espinas y abrojos
y de flores venenosas.
Mira también que es divino
el semblante de la incógnita,
pero que vela su rostro
una tristeza muy honda,
y es tan fina su figura,
que más parece una sombra.
«¿Quién eres — dice el monarca
a la mujer misteriosa—,
que me ofreces el remedio
al dolor que me devora?»
«Soy — responde — la Venganza,
hija del Odio y la Cólera.
Yo arrojaré de tu pecho
esa pasión vergonzosa.
Da al olvido tu tristeza
y ven donde el Odio mora.»
Y el rey, preso en sus miradas,
desciende a sus cuerdas, monta
su bravo corcel de guerra
y sigue humilde a la sombra.
Después de largo camino
llegan a tierras remotas,
y en un bosque donde viven
pumas, jaguares y boas,
y en donde apenas penetra
del sol la lumbre preciosa,
ve Nuredín un altar
formado con piedras toscas,
y pulidas calaveras
en el hueco de una roca,
en donde duerme un gigante
cuya figura monstruosa
infunde espanto al monarca,
que ante sus plantas se postra.
Despierta el genio del Odio
sacudiendo su modorra,
y enfurecido contempla
al monarca que le implora
con sus dos verdes pupilas
iguales a las del cobra.
«¡Pobre mortal, que has llegado
a estas regiones ignotas
de mi sueño a despertarme
sin mirar que así me enojas!
¡Levántate ya del polvo
y a tu palacio retorna,
pero en tus entrañas

el fuego que me devora ;
que tu amor se trueque en odio,
hacia la que tanto adoras !»

—dice a Nuredín el genio
ofreciéndole una copa
llena de un líquido verde
que enloquece al que lo toma.
Apenas apura el tósigo,
el monarca, se trastorna,
salta sobre su caballo,
y en una carrera loca
y con rumbo a sus dominios,
se lanza como una tromba.
Nada su raudo galope
detiene, nada le importa ;
ni las fieras que le siguen,
ni la angustia que le ahoga,
hasta que *Ali*, su caballo,
arrojando por la boca
torrentes de sangre, cae
en la arena de la costa.

Una vez en su palacio,
ante la corte que atónita
le contempla, transformado
por la fiebre abrasadora,
fulminando maldiciones,
da órdenes a su escolta
de que traigan prisioneros
a *Sambra*, la niña hermosa,
y al pastor de la montaña
que tanto la bella adora.
Estaba la virgen, pálida,
más blanca que una paloma,
pura cual la flor del lirio
cuando la besa la aurora,
y más fría que el rocío
que refresca su corola.
También pálido el mancebo
que dos nubios aprisionan,
en el rey fija sus ojos

con mirada retadora.

Y el monarca desdeñado,
lleno de una furia loca,
dice a *Sambra* : «¿ No querías
ser de este esclavo la esposa ?
¡ pues mira cómo la muerte
es más fuerte y te lo roba !»
Y en el corazón del joven
de una daga hunde la hoja.
La virgen, al verle muerto
en sus brazos, lo aprisiona,
y es su llanto semejante
al arrullo de la tórtola.

Luego dice a Nuredín :

«¡ Está muerto ! ¡ bien, no importa ;
es mi amor mucho más fuerte
que esa muerte tan traidora
que le has dado !» y en seguida,
de un lindo collar que adorna
su pecho, saca un pomito
con un tósigo, que toma,
y de este modo en la muerte
con su amado se desposa.
Nada puede ya el monarca
frente a los seres que él odia,
y en su frenesí terrible,
todo lo rompe y destroza,
a sus esclavos degüella
así como a las hermosas
odaliscas del serrallo
que han sido su vanagloria.
Por último, enloquecido,
con el fuego de una antorcha
prende fuego a su palacio
y entre las llamas se arroja.
Esto dice la leyenda,
y aquí se acaba la historia
de Nuredín el monarca...
¡ Que maldita sea su obra !

VI

Al terminar Fátima la leyenda, se oyó fuera gran estruendo y vocerío, unido a una alegre música, y como el capitán Goliat y los tres hermanos preguntaran de qué provenía aquel ruido, Ismail contestó :

—Es costumbre en estos días visitar a las doncellas dispuestas para la ofrenda, colmarlas de regalos, y entre músicas, bailes y otras manifestaciones de júbilo, hacerlas olvidar su destino desgraciado. Esa música anuncia que se acerca Giamil, la encantadora hija de Osmán *el Magnífico*, que viene a visitar a sus compañeras de sacrificio. Salgamos a su encuentro.

Todos salieron a recibir el cortejo, y sentados en la puerta principal, según la costumbre del país, esperaron.

La escena era deslumbradora. Primero iban formando la cabeza de la cabalgata los grandes

capitanes y los nobles, con sus más ricos trajes, y seguidos de gran número de soldados que lucían rutilantes armaduras y blancos alquiceles. En segundo lugar, iban los músicos con sus dulzainas, guzlas, cítaras y atabales, a cuya melodía un centenar de bailarinas avanzaban tejendo su danza con guirnaldas de flores y cendales, magníficamente recamados. Y, por último, apareció la divina Giamil, en su trono de oro, marfil, ámbar y perlas, que se erguía sobre los lomos de un enorme elefante blanco, en perfecto estado de sumisión. Un ostentoso séquito de cortesanos y cortesanas y un centenar de negros esclavos, portadores de los regalos de la princesa, cerraban aquel magnífico desfile.

—Esa es la bella Giamil—dijo el viejo alquimista a sus huéspedes—. Guardaos de ella, porque



sus sentimientos no corren parejas con su hermosura. Dominante y soberbia, es capaz de dar la muerte al que no se doblaba a sus caprichos. Pero esto no os extrañe. Los grandes conservan su dignidad manteniendo a sus inferiores sujetos a sus caprichos y sumidos en la esclavitud.

Giamil, al llegar a la casa del alquimista, descendió de su trono con mucha gracia y agilidad.

Al verla, todos, menos Ismail, que ya la conocía, quedaron sorprendidos por su belleza.

Ismail la saludó inclinándose y diciéndola :

—¡Poderosa Giamil, la más hermosa entre las princesas y

reina incomparable del corazón de tus súbditos! ¡Bien venida seas!

—¡Sabio Ismail, que Aláh te proteja!—respondió ella—. Vengo a saludar a Fátima, mi compañera de sacrificio.

Las dos jóvenes se abrazaron y besaron. Luego Giamil preguntó al anciano quiénes eran los extranjeros.

Ismail respondió que eran marinos llegados de Europa, después de penosa travesía, y que por tornar ricos y felices a sus casas serían capaces de luchar con el terrible dragón.

Parecióle a Giamil empresa difícil, por no decir imposible,

y, al oír sus palabras, Miguelín exclamó :

—¡ Imposible, señora?... ¡ Quer-
rer es poder! Yo me siento con
fuerzas y ánimos para dar muer-
te a ese monstruo.

Giamil volvió la cara, sorpren-
dida al escuchar de labios de un
jovencito tan tierno y delicado
aquella afirmación. La princesa
había quedado prendada de Mi-
guelín, al que tendió su diestra,
que él besó respetuosamente.

Fátima contemplaba, pálida,
la escena. También ella amaba
al extranjero.

Después de esta escena, hubo
grandes fiestas que presidió Gia-
mil, en las que, tanto ella como
Fátima y las noventa y ocho
doncellas restantes, fueron obje-
to de todo género de agasajos y
manifestaciones de simpatía.

Durante este tiempo, Miguel y
Fátima habían llegado a com-
prenderse. Se amaban, y el jo-
ven había jurado salvarla de las

garras del dragón, arriesgando
su vida. El premio de tal hazaña
no sería ni un trono, como am-
bicionaba Guillermo, ni un teso-
ro, como deseaba Jorge, sino
simplemente el amor de Fá-
tima.

Era ya la víspera del sacrifi-
cio, y Giamil se retiró a su pala-
cio, pero antes preguntó a Mi-
guel si sería capaz de ir a sal-
varla sacándola de su encanta-
miento.

Miguelín respondió que esta-
ba dispuesto a morir en la de-
manda, no sólo por ella, sino por
Fátima, que era su prometida.

Giamil, al escuchar las pala-
bras del joven, se puso lívida.
Esta era la primera vez que su-
fría una derrota semejante, y la
impresión fué tan violenta que
la trastornaba y enfurecía.

Por esto, sin hablar una pala-
bra más, subió a su trono de oro,
marfil y ámbar, y se alejó segui-
da de su séquito.

VII

Por fin llegó el momento en que los sacerdotes habían de entregar su ofrenda al dragón.

Fátima y Miguel se despidieron, derramando abundantes lágrimas y haciéndose sendas promesas de fidelidad.

Habíase ordenado por el sultán que nadie saliera ni a la calle ni al campo, ni osara mirar al cielo, por donde había de aparecer el terrible monstruo.

Cumpliendo las órdenes de Osmán, permanecía la ciudad en el mayor silencio, y sus habitantes, llenos de terror, no se atrevían a defender a las infelices a quienes tan triste suerte esperaba.

Solamente Goliat, Ismail y los tres hermanos se decidieron a contemplar la trágica escena que iba a desarrollarse.

Mientras tanto, Aixa y Zaida lloraban en silencio el infortunio de su hermana.

Sobre grandes alfombras de Persia, aparecían sentadas las víctimas, atadas unas a otras con una larga cadena de oro. Los cien esclavos, en torno de ellas, hallábanse prosternados en oración con la frente hundida en el polvo. Cada uno tenía cerca de sí un caballo blanco cubierto de riquísimas guarniciones.

El gran sacerdote, que había permanecido inmóvil en el centro, se levantó y dejó oír su voz, y como el silencio era absoluto en la ciudad, y Miguelín se había escondido con sus audaces compañeros cerca del lugar del sacrificio, no perdió palabra del rezo con que el viejo patriarca trataba de aplacar las iras del monstruo.

El cielo comenzó a cubrirse de sombras densas. El prodigio iba a verificarse.

Súbitamente, del sitio donde la negrura del cielo era más pro-

funda, se vió salir una enorme llamarada y luego surgir un monstruo gigantesco, semejante a un cocodrilo de proporciones nunca vistas, pero dotado de grandes alas membranosas tan fuertes y poderosas que, al agitarse, levantaron un verdadero ciclón.

El genio del Odio avanzó vomitando fuego por sus fauces, y una densa humareda rodeó al monstruo, a las doncellas, a los esclavos y a los sacerdotes. Cuando el cielo se hubo despejado y el sol brilló de nuevo, el dragón había desaparecido con las cien doncellas, y sólo queda-

ron sobre el campo los restos calcinados del sacerdote, de los esclavos y de los cien corceles.

Al día siguiente se promulgó un decreto de Osmán, por el cual se concedía la mano de la princesa, el trono y todas las riquezas del reino, al caballero que lograra romper el encanto del dragón.

Jorge fué el primero que, a pesar de su miedo cervical, acometió la empresa, impulsado por sus ansias de oro.

Salió una tarde por la puerta principal de la ciudad, sobre un negro y brioso corcel, provisto de reluciente escudo y tajante



cimitarra, y vestido con suntuosas ropas que Osmán le había regalado. Pasó un año y no tornó. Seguramente había perecido en la empresa.

Le siguió su hermano Guillermo, que soñando con el poder y la grandeza, se lanzó a la aventura. Pero también, después de otro año, no se volvió a saber de su suerte y se le dió por muerto o encantado.

Entonces Miguelín dijo al anciano :

—Puesto que mis dos hermanos perecieron, yo quiero seguir su suerte ; pero, no por lograr tesoros como Jorge, poder y grandezas como Guillermo, sino por rescatar a tu hija Fátima, a quien amo. Por ella pasaré con gusto toda clase de sufrimientos si logro desencantarla y hacerla dichosa.

Conmovido el anciano al oír al joven que de modo tan tierno amaba a su hija, respondió :

—¡Hijo mío! ya que vas a partir y no con el auxilio del monarca sino con el mío, voy a darte lo único que poseo que pueda auxiliarte en tu arriesgado viaje : este espejo que debes mirar siempre que tu ánimo decaiga para que no te falten las fuerzas para ir al camino.

—¿Y cómo lo usaré? —preguntó Ismail, sacando una caja de cedro que le dio Miguel : —¿Qué hace tu padre? —preguntó Miguel.

—¡Oh, sí, buen Ismail! ; qué buen hijo no ansía saber de su padre?—contestó entusiasmado el doncel.

—Entonces mira—dijo el alquimista extendiendo la mano sobre la pulida superficie del espejo.

Éste se obscureció y en seguida recobró su aspecto normal. Los asombrados ojos de Miguel distinguieron claramente el interior de una casita campesina, dentro de ella al pobre leñador, ya muy viejecito, pero aún fuerte y animoso, y cerca de él a la vieja Marta, dando con el pie a la rueca.

El doncel retrocedió admirado, porque había reconocido, no sólo a su padre y a su tía, sino hasta en sus menores detalles la casa donde había pasado los mejores años de su infancia.

Y secándose unas lágrimas que aquella amada aparición había hecho asomar a sus ojos, preguntó a Ismail si no le sería dado contemplar a Fátima.

El anciano, complaciente, extendió otra vez su mano sobre el espejo, donde se reflejó la imagen apetecida. Sí, allí estaba, reclinada sobre el cuerpo del dragón, que aparecía dormido, y rodeada de las demás doncellas.

—¡Vive! —exclamó lleno de júbilo el joven.

—¡Sí, vive, y sólo alienta por ti! ; Allá te espera! Corre a sal-

varla, que a ti no te guía el interés, ni la vanidad, sino el amor, que te hará triunfar sobre tus hermanos. Toma, pues, el pejo de la Ilusión, del Ideal. En él veo cuanto quiero, cuanto pasa, aunque no me es dado leer en él lo futuro. Ha sido el mejor compañero de mi vida. El te

alentará en las amarguras y desalencimientos del camino. Y al día siguiente, por la mañana, el joven salió de la ciudad, sin corcel, ni rutilantes armas, ni más aprestos que su cayada, su morral y su hacha de leñador, pero con mucha fe en sí mismo y en la ayuda del Todopoderoso.



VIII

Cuando Miguel comenzó su caminata, un hermoso lago azul, tras el que se alzaba una enorme montaña, le detuvo en su ruta. Sin saber qué rumbo tomar, permaneció un momento indeciso, pero unas voces desgarradoras demandando auxilio le sacaron de su abstracción. Quien así pedía socorro era un viejecillo que parecía próximo a perecer en las aguas del lago. Miguel, aunque no ignoraba que era fácil hallar la muerte entre aquellas ondas pérfidas, llenas de terribles y asquerosos reptiles y de peces enormes y voraces, no dudó un momento ante el peligro que corría un semejante. Con sin igual arrojo se lanzó al agua, y cogiendo al anciano de su plateada cabellera, le salvó de una muerte cierta.

Cuando, después de esfuerzos inauditos, llegó con su presa a la otra orilla del lago, vio asombra-

do que el anciano, en vez de quedar desfallecido en tierra, diligente, como si nada le hubiera ocurrido, y mirándole con sus ojos azules cual las aguas del lago y que tenían una atracción mágica, le dijo con voz dulce :

—Me llamo Nuri y soy el brujo de la montaña. De ella desciendo todos los días hasta el lago, hijo de los torrentes, y en él hallo los pececillos que me sirven de sustento. Los peces y los reptiles del lago y las aves de la montaña obedecen al conjuro de mi voz, pero he querido poner a prueba tu bondad y tu valor y por eso fingí ahogarme. Ya he visto que eres un valiente. Si alguna vez necesitas de mi ayuda, pronuncia mi nombre.

Y en seguida que dijo estas palabras, desapareció como por ensalmo, dejando atónito al joven.

Miguelín volvió la vista y vió



...y vió que un hombre desesperado, forcejeaba para desasirse de los anillos de una terrible serpiente. (Pág. 39.)

a sus espaldas la inmensidad del lago, asombrándose de que hubiese podido atravesar en tan poco tiempo sus aguas llevando penosa carga. Y pensó que el brujo, con su poder mágico, había hecho que las ondas del lago le acercaran a la orilla.

—¡Cuántas veces—se dijo Miguel—, ayudando a nuestros semejantes, nos ayudamos a nosotros mismos, puesto que han de hacer con nosotros lo que hicimos con los demás!

Satisfecho de su acción, siguió avanzando en su camino, pero

un gran obstáculo se alzaba ante sus ojos: la montaña. ¡Cómo escalar aquellas cumbres inaccesibles! ¡Cómo salvar aquella mole que desafiaba las nubes, llena de barrancos, de precipicios y ventisqueros!...

—¡Ah!—dijo en voz alta y sin darse cuenta de lo que hablaba—. ¡Si estuviera aquí el viejo Nuri!

No acababa de pronunciar estas palabras, cuando de la montaña descendió un roc, un ave gigantesca, capaz de elevar un buey en cada una de sus garras.

Aquel titán de los pájaros, cogiendo con sumo cuidado a Miguelín por la cintura, le transportó al otro lado de las nevadas cimas.

No fué pequeño el susto de Miguelín al verse cerca de las nubes y contemplar desde aquellas alturas los árboles, los ríos, el lago, todo, en fin, diminuto como si se tratara de adornos y figuras de un nacimiento. Mas pronto cesó su inquietud, porque el ave, en su rápido vuelo, apenas si tardó unos minutos.

Ya en tierra, como se acercaba la noche, se refugió en una caverna, donde hizo su frugal cena, compuesta de un poco de miel y raíces asadas, y se durmió hasta el día siguiente, en el que continuó su camino.

Habíase internado Miguel en una selva hermosísima, con árboles cuya edad no podía calcularse, que si bien estaba llena de fieras y reptiles dañinos, también abundaba en aves y animales inofensivos que le proporcionaron sano y sabroso alimento.

Próxima estaba la noche del tercer día de camino e iba ya a buscar Miguelín un lugar de reposo, cuando creyó oír una voz humana que imploraba socorro. El jovencito, como siempre noble y generoso, corrió al lugar de donde partían las voces y vió que un hombre, desesperado, forcejeaba para desasirse de los anillos de una terrible serpiente.

Miguel, sin titubear, se lanzó sobre el enorme ofidio, y con su hacha, de un solo golpe, le separó la cabeza del tronco.

Cuando dió fin a su hazaña, observó sorprendido que el viejo a quien había salvado se parecía como una gota a otra gota de agua al brujo de la montaña, con la sola diferencia de que aquél tenía los ojos verdes como el follaje de la selva y parecía unos años más joven.

El anciano, estrechando en sus brazos al joven, le dijo :

—Yo soy Kör, el brujo de la selva. Me dedico a recoger hierbas medicinales, con las que fabrico mis filtros y bebedizos. Mi hermano mayor se llama Nuri, el brujo de la montaña. Si alguna vez necesitas de mí, pronuncia mi nombre.

E, igual que su hermano, desapareció como por arte de encantamiento.

Tres días tardó Miguelín en salir de la selva, y, después de atravesar un terreno pedregoso casi sin árboles, ni plantas, se encontró frente al desierto árido y triste. El pobre doncel tuvo que redoblar sus esfuerzos y aumentaron tanto sus penalidades, que llegó a temer le faltaran fuerzas para proseguir el camino, y en su amargura buscaba ánimos contemplando el espejo maravilloso que le había regalado Ismail. De este modo se ex-tasiaba ante la imagen de Fá-

tima, y sintiendo crecer su amor por momentos, le dirigía sus más tiernas y amorosas frases. Hasta le pareció que ella ¡oh poder de la ilusión! le contestaba con su voz suave y melodiosa.

Así, cada esfuerzo y cada paso le hicieron pensar que pronto alcanzaría el logro de sus anhelos, que no eran otros que vencer al dragón y libertar a Fátima de su cautiverio.

Llevaba caminando tres días, y ya le escaseaba su provisión de agua, cuando le sorprendieron unos débiles lamentos que partían de un montículo de arena, y, acercándose diligente, vió con sorpresa que quien exhalaba aquellos ayes de angustia era

otro viejecito en todo semejante a los anteriores. Este anciano parecía tener algunos años menos y tenía los ojos vivos y brillantes como el sol del desierto. El viejo estaba tendido en la arena, y hubiérase dicho que iba a exhalar el último suspiro.

Al ver al joven, tendió hacia él sus brazos descarnados, e implorante, con voz ronca, gimió: —¡¡ Agua!!

Y Miguel, aunque apenas le quedaba la ración precisa para llegar a la mitad de su camino, acercó el odre donde llevaba el preciado líquido a los labios del anciano, dejándole que bebiera hasta que el recipiente quedó completamente vacío. En segui-



Al día siguiente, y apenas amaneció, se levantó Miguel, dispuesto a proseguir su camino, pero Tahir, que había madrugado más, se entretenía en llenar de agua el odre y de viandas el zurrón del muchacho.

Después le entregó una rama de avellano en forma de horquilla, y le dijo :

—Esta rama milagrosa te servirá para anunciarte la proximidad del agua y con ella los oasis que haya en tu camino. Es,

pues, tu guía que te librará de los tormentos de la sed. Cuando termine el desierto, te encontrarás en los dominios del dragón. Si consigues derrotarle, no sólo salvarás a tu amada y a las doncellas que le acompañaron, sino a tus dos hermanos y a otras damas y caballeros que están convertidos en árboles o en pájaros del bosque.

Esto dijo el anciano y se despidió del joven llenándole de bendiciones.

IX

Al cabo de una semana, penetró Miguel en una selva magnífica, de belleza incomparable, en cuya contemplación quedó maravillado. ¡Qué hermosos eran aquellos árboles, como nunca los había visto Miguelín: unos que daban frutas riquísimas, otros cuajados de piedras preciosas de todos los colores del iris! ¡Y los pájaros cantores de tan diferentes y bellos matices que alegraban las frondas con sus trinos!

Allí se detuvo un momento para descansar, a la sombra de un sicomoro, cuando, de pronto, oyó una voz humana que le llamaba por su nombre. Miguelín volvió los ojos hacia las ramas de un árbol próximo, de donde provenía aquel sonido, asombrado de que en aquel sitio hubiera seres humanos.

Preparó sus armas y preguntó quién le llamaba. El árbol ex-

tendió sus ramas, y con largo lamentó, contestó:

—¡Ay de mí! ¡Soy yo quien te llama! ¡Tu hermano Jorge, convertido aquí en árbol por mi avaricia! ¡Mira cómo doy frutas de oro y piedras preciosas para que se pierdan en la tierra o gocen de ellas todos... todos menos yo! ¡Libértame de este tormento!

—¡Miguel, hermano mío!— dijo otra voz—. ¡Mírame aquí convertido en una hierbecilla humilde que todo el mundo maltrata y pisotea, en castigo a mi orgullo y vanidad! ¡Líbrame de este suplicio!

Y así siguieron hablando árboles, flores, pájaros e insectos que no eran otra cosa que damas y caballeros encantados por sus culpas. En fin, que allí estaban todos, víctimas de sus pecados, purgando errores y torpezas.

Miguel, apenado por aquel es-

pectáculo, atravesó el bosque, en las entrañas y lanzando aullidos de dolor, avanzó decidido a destrozar al joven con sus dientes y sus garras.

La puerta aparecía inexpugnable, pero, apenas la tocó con su vara de avellano, se abrió automáticamente. En seguida, y sin temor alguno, el joven se precipitó dentro en busca de su amada, encontrándola en un gran patio con las demás doncellas en torno del dragón, que aparecía dormido. Este, al acercarse Miguel, se despertó, y, vomitando fuego, se dirigió hacia el joven, que le esperaba a pie firme y hacha en mano.

Iba ya a perecer Miguelín en las llamas que salían de las fauces de su terrible enemigo, cuando se le ocurrió llamar en su socorro al brujo de la selva.

Apenas pronunció el nombre de Kör, surgió de la tierra una tromba de agua que apagaba los fuegos del dragón. Este, abriendo sus enormes alas, se elevó en los aires, a mayor altura que la tromba, para lanzarse sobre su enemigo, pero Miguelín invocó a Tahir, el brujo del desierto y de las llanuras áridas, y en seguida vino un furioso huracán que sacudió al monstruo, abatiéndole en tierra con las alas partidas. Entonces el genio, ya sin fuego

Miguel llamó en su auxilio al viejo Nuri, el brujo del bosque, y entonces surgió de los cielos el roc, que, rápido como un venablo, se arrojó sobre el dragón violentamente. En vano el monstruo se revolvía contra las acometidas del pájaro, pues todo lo que consiguió en su lucha fué alcanzar algunos aletazos que le aturdieron y algún picotazo que pudo destriparlo.

Por fin, de dos recios picotazos, le vació los ojos y después remontó el vuelo y se dirigió hacia las montañas.

Ciego y todo el dragón, se corría un gran peligro acercándose a él, porque, en el colmo del furor, asestaba a diestro y siniestro brutales mandobles con su cola, llena de afiladas escamas.

Miguel, viendo que tanto Fátima como sus compañeras iban a perecer víctimas de las acometidas del monstruo, se lanzó sobre él y le hendió el cráneo con un solo golpe de su hacha prodigiosa.

Sonó un estampido horrísimo, y el dragón, el castillo y el bosque desaparecieron, quedando, en lugar de éste, un hermoso prado, en donde se hallaban centenares de damas y caballeros ricamente vestidos, los cuales en-

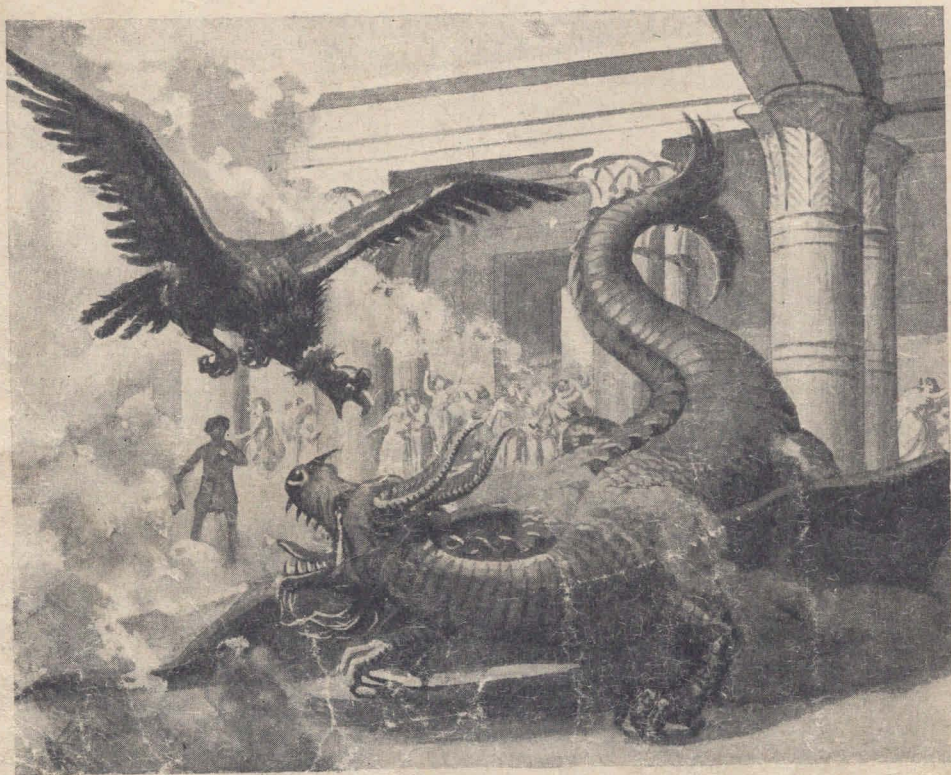
tonaban cánticos en loor de Miguelín, que los había salvado. por esposa a Fátima de entre las cien doncellas cautivas.

Giamil, la orgullosa princesa, —Dices bien—respondió Giamil, llena de despecho—, que no se hizo la miel para la boca del asno.

lancia :

—¡ Gracias, valeroso Miguel! Miguel, sin hacer el menor caso a las palabras de la princesa, estrechó efusivamente entre sus brazos a Jorge y Guillermo, que permanecían callados y tristes, como envidiosos del triunfo de su hermano.

—Perdóname, hermosa princesa, pero haría muy mal rey el hijo de un leñador — respondió discretamente el joven—. Nunca te comitiva, que atravesó el prado, el desierto y la selva y, por grande honra, y por eso escogí fin, llegó a las orillas del lago



...rápido como un venablo, se arrojó sobre el dragón violentamente. (Pág. 45.)

X

Todo en la Ciudad del Oro era júbilo y alegría con motivo de las bodas de Giamil y del vanidoso Guillermo. Ya nadie o casi nadie se acordaba de Fátima y del valiente Miguel, a quienes tantos debían la vida, porque la ingratitud es patrimonio del género humano. Solamente Ismail, con sus hijas Aixa y Zaida, lloraban el trágico fin de los dos amantes.

Las fiestas sucedíanse a las fiestas; iluminadas estaban todas las calles, donde había fuentes de las que manaba hidromiel y puestos donde se regalaban los transeuntes con toda suerte de golosinas.

De todas partes de Asia y de Africa llegaban a la corte emisarios con valiosos presentes, y en los salones del real palacio celebrábanse grandiosas recepciones, bailes y banquetes sin cuento.

En uno de estos festines se presentaron los tres brujos Kör, Nuri y Tahir. Iban cubiertos de andrajos, casi desnudos, pues sus túnicas apenas si llegaban a cubrirles de medio cuerpo abajo, y el fango del camino llenaba sus pies y sus piernas. Veíase claramente que aquellos tres viejos haraposos eran tres ascetas de los que huyen de las peligrosas ciudades y viven en los oasis de los desiertos, en el corazón de las selvas vírgenes, entre los animales feroces, o en la soledad de las montañas, estudiando los misterios de la Naturaleza.

Nadie se atrevió a detenerlos, ni aun la guardia montada a la puerta de la regia sala donde se celebraba el banquete, y hasta los mismos cortesanos abrieron les paso, silenciosos, porque nadie podía resistir el poder magnético de sus miradas, ni el de

las varitas maravillosas que agitaban sobre sus cabezas.

Al llegar frente al sitio donde se hallaba sentado Osmán, que tenía a su derecha a los desposados y a su izquierda a Jorge, se detuvieron. Entonces Tahir,



el brujo del desierto, habló y dijo:

—¡Oh gran Osmán! Venimos de nuestras soledades a traer los presentes de ritual a los recién casados.

Y poniendo su vara sobre los cónyuges, hizo luego un extraño signo en el espacio.

—Yo os regalo la fealdad. Que vuestros cuerpos sean dignos de las almas que cobijan—dijo, y

al punto dos enormes jorobas desfiguraron la gentileza de Giamil y de Guillermo.

Un grito de espanto salió de las bocas de todos los comensales.

—¡Oh, qué horror!—gritó con voz áspera Jorge, y requirió su espada para matar al brujo, pero éste fijó en él una mirada alucinante, que le hizo retroceder como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y en seguida hizo el signo mágico sobre su cabeza, y otra jiba brotó de las honorables espaldas del canciller y tesorero real.

Luego Tahir desapareció ante los ojos espantados de la concurrencia.

—Yo—dijo Kör, el brujo de la selva—, os regalaré la vejez.

E hizo con su vara otro signo mágico sobre la cabeza de los desposados, que comenzaron a envejecer rápidamente.

La transfiguración fué espantosa. Cada vez se encogían más sus cuerpos, se arrugaban más sus rostros y eran más blancos sus cabellos. Sobre todo en la bella Giamil, el cambio fué muy brusco y sensible, pues su cara, antes bellísima, quedó convertida en una careta repugnante y fea.

Giamil, la más hermosa doncella de aquel reino, la más espléndida y soberbia de las princesas, permanecía inmóvil, cons-



he... cogió la pecera y elevándola sobre su cabeza, desesperado, la arrojó al suelo, *nura* donde se hizo pedazos... (Pág. 52.)

ternada, al notar su espantosa transformación. dos que parecían de oro, describían graciosas espirales.

Toda la Corte estaba en pie, sobrecogida, sin atreverse a castigar a Kör, el terrible brujo de la selva. —Esta mañana— prosiguió el brujo— pesqué en el lago azul los dos extraños peces que aquí veis, y decidí que fueran mi regalo de boda. Mirad, son unos peces maravillosos que saben cantar como ruiseñores y saben también muchos secretos de los desposados.

Este desapareció, como su hermano, sin que nadie pudiera detenerle.

Después habló Nuri, el brujo de la montaña.

—No temáis nada de mí, que, en lugar de haceros daño, como mis hermanos Kör y Tahir, acaso os traiga el remedio de vuestros males. He aquí mi regalo— dijo colocando sobre la mesa una voluminosa pecera de cristal, donde dos pececillos, tan dora-

Y el viejo Nuri extendió su varita sobre el recipiente, y en seguida de la pecera se desprendió una armonía suave, deliciosa, semejante a la de una diminuta caja de música, y los dos peces, sacando sus cabecitas fuera del agua, cantaron ante la

Corte, que los escuchaba atónita y maravillada :

«Los Celos y la Envidia presiden estas bodas.»

«¡Guillermo! ¡Jorge! ¿qué habéis hecho de vuestro infortunado hermano y de la inocente Fátima?»

«¡Giamil! ¿cómo quieres ser dichosa si tu conciencia no está tranquila?»

«En el fondo del lago azul yacen los cuerpos de los desventurados.»

«¿Queréis saber, cortesanos, quiénes fueron los asesinos que arrojaron al lago a la divina Fátima y al valiente Miguel?...»

Al llegar a este punto, Guillermo, temeroso de que los peces delataran su abominable crimen, cogió la pecera y elevándola sobre su cabeza, desesperado, la arrojó al suelo, donde se hizo pedazos con gran estrépito.

Los dos peces desaparecieron, pero del agua surgieron Miguel y Fátima, más jóvenes y hermosos que nunca.

Jorge, Guillermo y Giamil cayeron de rodillas a los pies de Miguel, implorando perdón y derramando lágrimas de arrepentimiento.

—Yo os perdono de todo corazón, porque os habéis arrepentido—dijo Miguel, y cogiendo del suelo un pedazo de la pecera

que aun conservaba algunas gotas de agua del lago azul, la dejó caer sobre sus cabezas. Y tan pronto como recibieron ellos aquel agua lustral, recobraron su belleza y su juventud, y abrazaron a Miguel con transportes de júbilo y llenos de agradecimiento.

Desde aquel momento las fiestas adquirieron más esplendor que nunca, y en toda la ciudad y en todo el reino no se oía hablar más que de la rara historia de los enamorados, que aprovecharon para casarse aquella ocasión propicia.

Osmán ofreció a Miguel un principado en premio a sus relevantes servicios; pero el joven, que despreciaba las vanidades y grandezas de la Corte, después de despedirse de Ismail y de los tres brujos Kör, Nuri y Tahir, tornó a su patria, sin grandes riquezas, pues las que llevaba las perdió en la travesía y sin lograr salvar más que a Fátima, que era para él su mayor tesoro. Aquí en Europa, aun tuvo tiempo de endulzar la vejez de su pobre padre, dándole dos lindos nietecitos que alegraron sus últimos días. Y al cabo de unos años, en los que aprendió el modesto oficio de sastre, puso una tienda que sobre su puerta ostentaba el siguiente pomposo letrero : *La Aguja de Oro*.

Con su trabajo no llegó a ser rico, pero vivió holgadamente y feliz en compañía de los suyos. Con su trabajo no llegó a ser a sus riquezas, soñando solamente en almacenar oro y teniendo a cada momento que se lo quitaran, fué el más desgraciado de los hombres.

En cambio, Guillermo y Jorge nunca fueron dichosos. El primero tuvo que soportar toda su vida el carácter agrio y dominante de su esposa; y en cuanto al segundo, que tornó a Europa con sus tesoros, siempre atento

Que no hacen falta principados, ni poseer tesoros, ni palacios y grandezas para ser feliz, porque la verdadera felicidad está en nosotros mismos.

FIN



Calles R. P.

Paraguay
MM

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TÓMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
 Horas felices.
 El mundo animal para niños.
 El amiguito.
 Escuela de animales.
 Aventuras de animales.
 Los niños de otros países.
 El libro del nene.
 Niños buenos y niños malos.
 Cuentos para niños.
 El país de las maravillas.
 Cuentos de hadas.
 El mundo maravilloso.
 Mi libro favorito.
 Episodios y aventuras.
 Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
 Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
 Narraciones.
 Tardes de Otoño.
 El mundo de los niños.
 Las tribulaciones de Meterete.
 Leadme.
 Episodios de animales.
 Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
 Historias de animales.
 El libro de los niños.
 Cómo juegan los niños de todo el mundo.
 A B C. El libro de los niños.
 La vida de Juan Palomo.
 El aventurero.
 La ciudad del oro.
 La isla desconocida.
 El país de los antropófagos.
 Los misterios de la selva.
 Viaje en el país del sueño y de la holganza.
 Lecturas infantiles.
 La voz de los niños.
 Cómo viven los niños de otras razas.
 Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
 Fábulas de Samanágo.
 La nochebuena.
 Robinson Crusoe.
 Lo que puede más que el hombre.
 Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
 Las famosas aventuras de don Quijote.
 Cuentos de Perrault.
 Fábulas de Esop.
 Cuentos de Chaucer.
 En venecianas.
 Geneveva de la chimenea.
 Niño de todas las cosas.
 Los dos hermanos.
 Euclazqui.
 Vidas de hombres famosos.
 Cuentos y fantasías.
 Fábulas de La Fontaine.
 Cuentos de Andersen.
 Cuento de primavera.
 Mi mejor juguete.
 Por el nene.
 Gulliver en el país de los enanos.
 Gulliver en el país de los gigantes.
 Animales feroces.
 Animales domésticos.
 Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del niño.
8. El sueño de Pepito.
9. Sueños y hazanas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niño.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La picaresca variedad.
22. Un chico del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desaparecida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. El Cristo.
31. El último día del noble.
32. El niño y el hada.
33. La vida de la tierra.
34. La vida del boricua.
35. Fábulas de La Fontaine.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (1.º)
40. Una ciudad flotante. (2.º)
41. Miguel Strogoff. (1.º p.)
42. Miguel Strogoff. (2.º p.)
43. Las Indias negras. (1.º p.)
44. Las Indias negras. (2.º p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guarnición de flores.
48. La Paroma. El canario.
49. El canto de los flores.
50. El hombre y el niño.
51. La Granga de los niños.
52. Rosa de Tomamburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesino.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac. (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los quinientos millones de la Begón.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El Chancelero.
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. La invasión entre los niños.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje a la tierra.